

AGUSTÍN ESTÉVEZ

CRÓNICAS



EDIUNS

CULTURA Y SOCIEDAD
CREACIÓN LITERARIA

Estévez, Agustín

Crónicas / Agustín Estévez. -1ª ed.- Bahía Blanca: Editorial de la Universidad Nacional del Sur. Ediuns, 2024.

70 p.; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-655-367-4

1. Crónicas. 2. Cuentos. I. Título.

CDD A860

Editorial de la Universidad Nacional del Sur

Santiago del Estero 639 – B8000HZK – Bahía Blanca – Tel.: 54-0291-4595173

www.ediuns.com.ar | ediuns@uns.edu.ar

Staff

Directora: Rebeca Canclini

Coordinación editorial: Alejandro Banegas

Administración y venta: Sandra Reeb

Diseño: Fabián Luzi

Imprenta: Mario Díaz



**Libro
Universitario
Argentino**

CiN REUN

Red de Editoriales
de Universidades Nacionales
de la Argentina

Diagramación interior y tapa: Fabián Luzi

No se permite la reproducción parcial o total, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las Leyes 11723 y 25446. Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

Tirada: 50 ejemplares

Bahía Blanca, Argentina, octubre de 2024.

© 2024 Ediuns

A Rebeca y Julio que por azar concibieron la idea del libro.

A Fabián que ilustró la tapa explicitando un motivo
permanente.

A los buenos oficios de la gente de la editorial que hicieron
posible la realización efectiva.

A Giselle, Eduardo, Frimou, Patricia, Fabio por estar.

A los que emprendieron el gran viaje y ante todo a Daniel
que me sigue iluminando.

Prólogo

La heterogeneidad de los relatos se entrelaza con dos términos “crónica” y “aficionado”. Crónica es el relato de un testigo. Sus dudas, su impotencia ante los sucesos objetivos de la historia grande. La conservación de momentos olvidados. La búsqueda de la singularidad. El intento de encontrar una coherencia en la propia vida.

Por momentos el testigo se entusiasma y salta a la ficción. Imagina, se representa y anticipa. Es el caso de la representación de la muerte del protagonista en la cuarta parte del primer relato.

El autor es y se sabe un aficionado a la literatura. Está convencido de su entusiasmo y cree que el aficionado pese a todo tiene algún privilegio y derecho. Todo comienza como juego y es cierto que sin disciplina no hay arte. Pero la pura disciplina pedantesca del profesionalismo mata también al arte.

El primer relato Sendero incierto constituye la clave interpretativa de los cuentos breves que le siguen. El autor piensa que la literatura es un sueño controlado que conserva en la compleja mediación de la escritura los momentos que se les escapan a las construcciones teórico-conceptuales de la filosofía y la ciencia.

Indice

| | |
|------------------------------|----|
| · Sendero incierto..... | 11 |
| · Precisiones | 51 |
| · Primera impresión | 53 |
| · Tonalidad menor..... | 55 |
| · Griselda | 57 |
| · Camino Interior..... | 65 |
| · Recuerdo de un viaje | 67 |

Sendero incierto

Fragmentos autobiográficos

■ PRIMERA PARTE

No hemos cambiado, no soportamos las diferencias, reforzamos la brecha de siempre.

La generación del ochenta modeló un país posible pero con excluidos. Logró elaborar un tapiz, pero alguien quiso ver qué había debajo, sacó un hilo del tejido y nunca más fue posible recomponer la trama. *Aluvión zoológico, cabecitas negras, gorilas, oligarquía vacuna, señores y señoras gordas. Milicos genocidas, juventud maravillosa, etc.*

Nos llegó todo de afuera. Aplaudimos a la Revolución Libertadora, “la fusiladora” como la llaman los peronistas. Lémos en la primaria *La Razón de mi Vida* de Eva Perón. Cantamos la marchita, después supimos de los Años de Resistencia, nos enteramos de los fusilamientos. Pasamos los Años de Plomo.

Los relatos eran tantos que quedamos vacíos. En el 76 llegaron los hechos: el mal y la violencia. La barbarie, el descontrol, y eso duró. Volvimos a intoxicarnos con los discursos. Dejamos de prestar atención a los otros, a sus requerimientos y sufrimientos. Nos escudamos en sistemas ideológicos blindados.

Acudimos a colaborar en las villas, conocimos al pueblo humilde y peronista. Muchos de nosotros comprendimos la trágica grandeza de Evita. Su larga agonía, aquella escritura en la pared *Viva el Cáncer*.

“Pero los niños eran los privilegiados, y nuestros ancianitos contaban con atención médica gratuita”.

Fue en la Facultad donde asistí a ese trasvasamiento. Un sesudo antropólogo se emocionaba cuando recordaba que Evita le había regalado una máquina de coser a su mamá.

Las Cátedras Nacionales habían hecho el milagro de acercar el peronismo a la clase media. Los socialistas y marxistas de ayer canta-

ban ahora la marcha peronista, todavía no sabían la letra de memoria. Pero todos estaban seguros que la meta sería la Patria Socialista junto a Perón. Todo se exacerbaba con el gobierno de facto del general Onganía. Intervenciones, la Policía Montada en el hall de la facultad, escenas trágico-cómicas y violencia.

Comencé mi carrera de docente universitario en la época de *los Montoneros*. Fue en el Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, en Bahía Blanca. Mi ilusión era ser ayudante rentado en una cátedra a cualquier precio. La necesidad se mezclaba con ilusorios ideales ideológicos. Nos creíamos progresistas y democráticos. Y nos sometíamos a concursos políticos, en donde los militantes ocupaban el lugar de los no docentes. Casi pierdo el cargo cuando no respondí con suficiente precisión a la pregunta por mi militancia política. Mi actitud era vacilante, no me acostumbraba a un mundo donde todo era confrontación ideológica. Desconocía cual era mi función en una cátedra ocupada por varios docentes que eran militantes, y provenían de distintos orígenes ideológicos.

Recuerdo a un profesor que llegó como interventor y director de un instituto al que le cambió el nombre. En medio de una asamblea se presentó como alguien que se “había cagado a tiros con los guardaespaldas de Rucci”. Fue responsable del ingreso de algunos jóvenes a la guerrilla. Muchos fueron asesinados o están desaparecidos.

El clima que se vivía en la universidad era agobiante, los mismos militantes de la JP decían: “El Viejo nos está cagando”. En esos días cayó Allende en Chile, y comienza la revancha.

Tuve la suerte en aquellos momentos difíciles, que me ofrecieran unas cátedras en el Sur, en Río Gallegos como profesor viajero. Una especie de oasis, donde solo era docente, y dejaba a mis espaldas la lucha ideológica. La cátedra de mi universidad en la que era ayudante estaba ahora a cargo de profesores desconocidos. En el sur conocí la nieve, los eternos atardeceres, viajé al Calafate. Compartíamos a veces las comidas con personajes singulares. El peor de ellos fue Remus Tetu, un rumano egregio, muy pronto sería un siniestro personaje. Tenía la voz chillona, como mono de feria. Se jactaba de haber combatido en la segunda guerra mundial como voluntario en Stalingrado, de no temer

a nada. De vender su cerebro al mejor postor. Nunca presentó un título porque lo había perdido en la guerra. Pero eran ellos, partidarios y colaboradores del Eje, junto a los refugiados españoles de la República, los que habían traído al país la inteligencia. Nos despreciaba, y lo decía riendo. En mi universidad, había realizado tareas comunitarias para bienquistarse con las autoridades. Después de todo el ostentaba uno de los primeros carnets de refugiado afiliado al peronismo. Pasaba desapercibido, entre tanta celebridad Antec Pavelic, Priebke, Eichmann, Skorseny.

Dentro del peronismo apareció el sindicalismo armado. La Juventud Sindical Peronista, enfrentó a la JP. Y empezó una guerra intestina y cruel. Comenzó el contragolpe. La triple A sentó sus reales en nuestra ciudad. A la sazón me desempeñaba como profesor de ética en el Instituto Juan XXIII de los salesianos. Allí había un buen clima de trabajo y de alguna manera, pese a una creciente hostilidad contra la dirección de la institución, reinaba un clima cordial y pluralista. Eso duró hasta la aciaga madrugada del 21 de marzo de 1975, cuando una patota sindical irrumpió violentamente en la residencia de los religiosos de la institución. Fue asesinado el Padre Carlos Dorñak, con un disparo en el rostro, era vicerrector del Juan, un excelente músico, organista, a quien no se le conocía ninguna militancia. Los vándalos iniciaron un incendio que pudo ser sofocado dos o tres horas después de su huida.

Al día siguiente fue agobiante y dolorosa la capilla ardiente. Angustia, miedo y repugnancia produjo a muchos la presencia de Remus Tetu, acompañado con sus matones, para dar el pésame. Rector de dos universidades, rumano, mercenario, amigo de Ceausescu, colaboracionista y como tantos otros de su especie, llegados en épocas del primer peronismo. Uno de sus guardaespaldas había asesinado a un dirigente estudiantil, pero no importaba porque pertenecía a la Federación Juvenil Comunista.

Conocí a Ilse, en una charla que el padre Mugica dio en la universidad. De aspecto recatada, su cara franca, sus ojos tranquilos pero avisados. Colaboraba intensamente con una congregación de monjas españolas que realizaban tareas de promoción social y catequesis en barrios marginales. Se entusiasmaba cuando hablaba de sus tareas con

la gente, de sus necesidades y de sus virtudes. Su robusta fe, le daba el complemento necesario: ingenuidad elaborada y entrega. Era dulce de carácter, pero decidida y terca, podía llegar a ser cruel.

Cuando entró en la UES se fue alejando de sus allegados y familiares hasta desaparecer.

Mantenía contactos telefónicos con su familia. Su padre la adoraba, y no entendía cómo podía compadecer su fe cristiana con su militancia peronista. —Papi, ser peronista es realizarme como cristiana. Ocuparme del humillado. Darle dignidad. Esa era la opción por los pobres.

Dejó sus estudios, vivió en la clandestinidad. Se dice que fue moza en una cervecería en el sur, trabajó como sirvienta, y luego en la “orga”. Fue detenida en Avellaneda en una manifestación, la secuestraron. Mucho después se supo que fue alojada en un centro clandestino de detención. La torturaron y violaron sistemáticamente.

Me despierto por las noches, con los suaves quejidos de Ilse, han ofendido su belleza con llagas y marcas de golpes, su verdugo ni siquiera usó picana, le bastó con un viejo cable conectado a un tomacorriente. Chasquido, luz azul, olor a quemado.

¿Cuánto más soportará Ilse? sus ojos celestes parecen muertos, todavía sostiene un rosario en sus manos, sus labios se mueven, murmurando.

Le entregaron el cuerpo a su padre, tenía 18 años. Su madre murió de pena.

Hoy me pregunto por qué no gocé más de mi familia. Era tan exclusiva la tragedia política del país que absorbía todo. El miedo, el terror que se sentía al oír un timbre, explosiones, atentados, zonas liberadas. Y una confrontación a muerte entre los extremos ideológicos del peronismo... ni yanquis, ni marxistas, peronistas. El Comando de Organización, la triple A, la Juventud Sindical Peronista. Del otro lado las FAR, Montoneros, la UES, la JTP, el Peronismo de Base, etc., etc. Un infierno. Desde el 73 hasta el 75 casi no vivimos.

Llegó el contragolpe. La universidad fue intervenida nuevamente. Ahora se lucían las armas, guardaespaldas, controles. Nos echaron a todos. Cerraron departamentos académicos, para estudiar la infiltración subversiva. Una especie de bando explicaba motivos, imponía sanciones, y dejaba para más adelante la paulatina normalización.

Recuerdo el drama de las personas que quedaron sin cobertura social. Especialmente el caso de un viejo profesor internado que se enteró que ya no tenía obra social. Pronto reabrieron departamentos y reincorporaron a docentes que no tuvieran antecedentes de militar en la izquierda, primaban exigencias de seguridad y amiguismo. A mi esposa la cesantearon, yo fui reincorporado. Me sentí liberado cuando presenté la renuncia. Quería irme de mi ciudad, que se había transformado en un lugar inhóspito. Rumbeamos para Misiones de donde era mi mujer. Aquello fue un remanso. Una tarde sentados frente al Paraná sentimos lo bueno que era tener el país a nuestras espaldas.

En aquel entonces conformábamos una familia íntegra. Nuestro hijo mayor era pequeño. Estábamos todos juntos. Allá, en Misiones nos sorprendió el golpe militar de 1976, y una serie de sucesos familiares duros, pero encontré paz con el paisaje, con la música y con un gran amigo. Conocí otro mundo, y se me impregnó la tierra colorada, las personas y otro paisaje. Sentí por vez primera la libertad de lo provisorio.

Un Citroën 3 cv fue nuestro vehículo de mudanzas. Los libros constituían la carga esencial. Sacamos el asiento de atrás y el vehículo era un buen transporte. Una tarde, en plena época de conflicto nos paró un cordón del ejército. Abrí la puerta del baúl, los paquetes de libros estaban acomodados de tal manera, que se si sacaba sólo uno se derrumbaba el conjunto. El cabo nos miró sonriente, —¿Docentes?, sigan, buenas tardes. Aún en aquellos tiempos había buena gente.

En otra oportunidad nos paró un gendarme, yo iba con un escritor amigo, barbudo y con aspecto de hippie. Nos pidió documentos, encendimos la luz interior. No nos hizo bajar, sin saberlo teníamos seguramente aspecto inofensivo. De todas maneras hizo una rápida revisión a mano de la guantera... en ese espacio había dejado olvidado un cactus. El tipo se lo clavó de lleno, acusó el dolor, se sorprendió pero no dijo nada y nos hizo seguir la marcha.

Estos episodios menores estaban enmarcados en leyendas urbanas que no siempre se podían diferenciar de hechos realmente acaecidos. Pero en conjunto servían para atemorizar y paralizar. Infiltrados, soplo-nes abundaban en aquellas épocas y creaban un clima de acecho y temor.

Siempre es de noche y tarde, cuando inicio el viaje al pasado, al encuentro con los fantasmas. Es una hora iniciática. Se mezclan incidentes y personajes. Veo en un café de Rio Gallegos al negro M..., jugamos ajedrez, pese a tener una posición favorable pierdo la partida. Después aparece vestido con una salida de baño, para secarse el sudor del guiso caldudo que le ha preparado su señora madre. Esto acontece en una vieja casa de calle Rondeau, en donde un día apareció una centella que se paseó por todo el patio con sus miles de voltios.

El pasado fue también un mundo con su legión de gente. No recuerdo nombres. Había en aquellas latitudes un clima de despreocupación, tardes eternas en diciembre, comilonas regadas con vino Corona de Hierro en damajuana, seguramente cordero patagónico, salmón y alguna especialidad. La lejanía nos vuelve creativos. Con muchos deseos de ser Padres Fundadores. Es fácil si pagan por zona desfavorable, y aseguran el regreso en avión al lugar de residencia para las fiestas. Pero los había idealistas, aquellos que pensaban que era factible establecer un centro de Filosofía moderna, o un instituto de filología clásica. Con lo bien que pagaban se podía traer a eminencias extranjeras. Se suponía que les encantaría estar en sitios tan singulares. Lejos del ruido y la civilización.

Fue en una cena en el restaurant habitual que me adelantaron que se había cortado toda relación con el Instituto Universitario. Tendría que pagar la comida. En adelante fueron eliminando ventajas y pagos. Los gastos eran tan onerosos, que los que no eran locales, rescindieron sus contratos y se fueron. La ilusión se había evaporado. ¿Qué sentido tiene enseñarles filosofía a los pingüinos y a los albatros? Tenía razón Luis al decirnos que en estos países la filosofía es totalmente provisoria. No da de comer, ni nos hace más ilustrados.

En otra ocasión, en época de Montoneros, dictó un cursillo un poeta "popular visitante", nos explicó los elementos básico de la estética "villera" e ilustró con coplas de su creación el valor fundacional de las vivencias del pueblo excluido. Una genuina filosofía nacional y latinoamericana requería de ese material inédito, repetía un barbudo y pedante hermeneuta, citando frases de Freire, Salazar Bondy, Kush, la dialéctica del Amo y del Esclavo...

—Dejen que el poeta siga recitando, dijo Don Manuel, siempre ocurre. Estábamos en una pequeña aula del subsuelo. Allí había un pizarro, en donde se leía *Si Evita viviera sería Montonera*. Se amontonaban escritos en los que se fijaban reuniones y se citaba a los “cumpas”. En un rincón descansaban pancartas, panfletos, banderas, consignas.

Don Manuel, me miró con sus ojitos de cuis avisado, —¿Qué diría Dios si viera esto?

MOMENTOS

— *El paraíso*

En el límite del jardín con el fondo del gran patio, junto a un paredón se encontraba el paraíso que sostenía mis juegos y me protegía del mundo. Con no mucha habilidad lo subía hasta las ramas más altas. Pero prefería un sitio intermedio donde me sentaba y pasaba horas en aquel trono vegetal.

— *Días de otoño*

No puedo olvidar las hileras de álamos. Las acequias que los regaban ordenándolos. Los cielos rojizos de aquellos atardeceres infinitos en la pampa del sur bonaerense. Sé que allí se conserva mi nombre, mis primeros encuentros con el mundo. Los abuelos, mi inolvidable tía, que se hacía llamar Indio Nelo, mi tío Julio que salía a cazar con saco y corbata, mi padre que un día me regaló un petiso, y yo temblaba de miedo y emoción.

— *Días de invierno*

Aquel chalet era un juguete encantado que nos protegía del frío y de las heladas. En el hogar crepitaba el fuego familiar que reclamaba antiguas presencias. Conversaciones animadas, tiempos densos, ideas que se transformaban en imágenes y armonías. Los dúos de flauta dulce con el abuelo. La visión entrañable de Héctor sentado en la mesa garaba-